



nueva posición anunció que a partir de ese momento llevaría a Venezuela hacia el Socialismo del Siglo XXI. “¡Patria, socialismo o muerte!”, repitió una y otra vez. Al mismo tiempo, aprovechó ese impulso para reformar nuevamente la Constitución, cosa de gobernar “hasta el 2030”. Incluso, en otras ocasiones habló de mantenerse en el poder hasta 2050.

En esa época, la revista *Time* señaló: “Mientras Castro recibió el apoyo de la URSS durante la Gue-

rra Fría, Chávez es un revolucionario autosuficiente”. Sin embargo, las cosas comenzaron a cambiar en 2007. Ese año, y por primera vez en la revolución, Chávez perdió un referendo. Un año después, tuvo que recurrir a otras maniobras para aprobar la reforma a la Constitución. También su influencia fue mermando en la región e incluso se quedó sin su mayor enemigo (Bush) con el triunfo de Barack Obama en 2008. Así y todo, consiguió una segun-

da reelección en octubre de 2012.

Si bien en algún momento el proyecto de Chávez pareció fuera de época, encontró eco en parte de la región y no dudó en ayudar a sus aliados a conseguir el poder (Evo, en Bolivia; Correa, en Ecuador; Humala, en Perú, y Ortega, en Nicaragua). “Chávez siempre quiso entrar a la leyenda latinoamericana encubierta por Fidel o el Che Guevara”, concluye Cristina Marcano. Está por verse si lo consiguió. ●

COLUMNA

El legado del chavismo

Por **Javier Corrales**

QUIEN tome ahora las riendas de Venezuela tendrá la misión de mantener el chavismo vivo. Esto depende, por supuesto, de donde se encuentre uno en el espectro político. Elías Jaua, un destacado chavista -y actual canciller- escribió un artículo de opinión definiendo el término como el de alguien que tiene una “conexión amorosa” con un líder que nunca traicionó a los venezolanos. Chávez trabajó duro para cultivar ese afecto en los últimos años. Amor -amor mutuo- fue parte del eslogan de su campaña para la reelección y una bandera con la forma de un corazón fue su logo. Incluso Maduro intervino y calificó el resultado de la elección como “un acto de amor” de los venezolanos con su “comandante presidente”. Pero a los ojos de la oposición, Chávez fue un déspota elegido -alguien que usó su popularidad para erodar el estado de derecho. Por ello, el principal legado interno de Chávez -y algo que deberá enfrentar su sucesor- será el de una nación intensamente polarizada.

Los que aman y los que odian a Chávez tendrán diferentes recuerdos de él, pero todos coincidirán en uno, sus gastos: el socialismo nunca tuvo tanto poder de compra. Chávez creía en la idea de gastar dinero ante cualquier problema. Esa actitud generó el más impresionante boom de consumo que Venezuela nunca haya visto. El gasto de Chávez benefició a muchos sectores, incluyendo a la clase media y muchas elites, pero son sus desembolsos para gasto social los que más recordarán los venezolanos. Durante sus 14 años como presidente, Chávez lanzó más de 27 misiones que calificó de programas sociales. Las misiones fueron presentadas como ayudas para los pobres.

Esto plantea la pregunta sobre de dónde obtenía Chávez el dinero para todos esos gastos. La respuesta es Estados Unidos. Venezuela es casi tan dependiente de las ventas de petróleo a Estados Unidos ahora como lo era antes de Chávez. Y eso apunta a la última parte del legado de Chávez. El quería ser recordado como el líder más antinorteamericano del mundo desde Fidel Castro y disfrutó provocando a los estadounidenses. Pero sólo llegó hasta cierto punto. Nunca tanto como para que Estados Unidos aplicara un embargo. Fue una forma conservadora de jugar al antinorteamericanismo. Tuvo muchas oportunidades de cortar los envíos de petróleo y atar de manos a Washington. Sin embargo, entendió que los costosos gastos de su revolución necesitaban el mercado de petróleo de EEUU. Por eso, preservar el acceso al mercado petrolero de EEUU seguirá siendo uno de los objetivos no declarados de la revolución chavista.

Profesor de Ciencia Política del Amherst College y coautor del libro “Un dragón en el trópico”.